

EMPEZO
EN HANKO

ATEN
"PRINC



AS DICE "SI" A LA ESA DULCE" DE EUROPA

TRESCIENTAS MIL PERSONAS ACLAMAN A CONSTANTINO Y ANA MARIA

Y A tenemos a la vista al «idilio del año». Atenas, una Atenas que parece empeñada en volcarse, girando sobre sus cimientos clásicos, hacia la actualidad, reclama de nuevo su derecho a los grandes titulares de primera página, como escenario, otra vez, de la unión de dos príncipes.

Constantino, el hijo de Pablo y Federica de Grecia, se había ido a buscar novia allá al Norte, lejos de los paisajes de postal de su histórica tierra. Todos recordamos —en estas páginas tuvo un reflejo

SIGUE



Ana María y Constantino llegaron a Atenas en pleno día, poco después de la hora del almuerzo. Les aguardan el rey Pablo y la reina Federica.



En algunos puntos del itinerario los atenienses desbordaron, llenos de entusiasmo, el cordón policíaco y se acercaron al coche de los prometidos.



Un joven «scout» logra acercarse. Constantino le tiende la mano, sonriente.

gráfico— la revelación de su idilio en Hanko, Noruega, durante unas regatas memorables desarrolladas en un mar agitado y brumoso. Y ahora acaba de regresar a casa, de la mano de Ana María de Dinamarca, para presentar a los griegos a la futura reina. La presentación ha tenido lugar, naturalmente, en un ambiente de entusiasmo desbordado. Ana María —hija de los reyes daneses— se ha encontrado de pronto, en una mañana gélida —acaso un saludo del templado Mediterráneo a su nórdico país—, con la alborozada simpatía de los helenos, para los cuales ya no será más que «la princesa dulce». Su juventud y su sonrisa, alzándose sobre el rigor de una mañana que el tibio sol de enero no había podido caldear, conquistaron al instante la adhesión de los atenienses.

En el prólogo de su entrada en la capital, se había seguido el obligado ceremonial: se sucedieron los himnos nacionales, la bienvenida oficial de los altos dignatarios y el encuentro, dentro del protocolo, de las dos casas reales. Con los prometidos habían llegado también los reyes Federico e Ingrid, las princesas Margarita y Benedikt y treinta periodistas daneses especialmente invitados por los soberanos. Y en el aeródromo esperaban, con los monarcas griegos, Sofía y Juan Carlos, así como las princesas Irene y Andrea, hermanas, respectivamente, de Constantino y de Felipe de Edimburgo.

Todos los edificios del centro de la capital se hallaban engalanados con banderas de Grecia y Dinamarca, cuando pasó la comitiva hacia el palacio real.





Ya en el palacio, la tradicional foto familiar. En segundo plano podemos ver a las princesas Margarita y Benedikt, y a los príncipes Juan Carlos y Sofía. Al llegar al centro de la ciudad, los escuotsa soltaron muchos globos rojos y azules, colores, con el blanco, de las banderas danesa y griega.

Después se formó el cortejo. Pueden imaginárselo: los reyes y las reinas, a la cabeza. Y a continuación Constantino y Ana María. Desde la parte superior trasera de un coche descubierto, la pareja impuso su desafío al frío reinante. Escucharon las veintiún salvas, disparadas desde uno de los históricos montes cercanos, y contemplaron una Atenas engalanada con banderas de ambos países, mientras una multitud de más de trescientas mil personas los aclamaba.

A pesar del viento helado, contra el que Ana María hubo de defender con denuedo su pequeña boina, la muchedumbre, enfervorizada, mantuvo firmemente a lo largo del trayecto su guardia de entusiasmo. Miles de globos rojos y azules subrayaban, sobre el cielo ateniense, esta explosión de sentimentalismo colectivo.

Esto fue todo: un joven griego con uniforme de teniente presentaba oficialmente a su novia, una hermosa muchacha danesa vestida con un ligero traje sastre azul. Constantino y Ana María —futuros reyes— escribían así, sencillamente, en una rigurosa mañana invernal, el primer capítulo de una historia cuya culminación y cumplimiento aguardan con avidez millones de personas. Se nos ocurre pensar que a ellos les hubiera gustado, tal vez, volverse hacia su mundo más íntimo, alejándose de aturdidas resonancias. Convertirse, simplemente, en dos novios más. Pero hay destinos que no se pueden eludir.

(Fotos Raymond Darolle y Chris Kindahl, de EUROPRESS.)





El rey Federico, que hizo el recorrido hasta palacio al lado del rey Pablo de Grecia, se vuelve hacia la multitud que vitorea a su hija Ana María.



Una vez iniciado el cortejo hacia el palacio real, las reinas Federica de Grecia e Ingrid de Dinamarca tomaron asiento en el mismo coche.



También esperaban a los prometidos, en el aeródromo ateniense, el príncipe Juan Carlos —que vestía uniforme de gala de teniente del ejército español— y la princesa Sofía.